

Pero ¡ó Dios! ¡á que dias tan funestos nos ha reservado tu providencia! ¡Cuántas tribulaciones has acumulado sobre nuestras espaldas! ¡Qué peso tan enorme has cargado sobre la cerviz del pobre Ricci! ¿Hubo por ventura delito tan execrable, que no se nos imputase? ¿iniquidad tan fea, que no se dijese ser máxima nuestra? ¿seduccion tan torpe, que no se dijese ó llamase nuestro característico distintivo? Pero ¿por quién? Por aquel mismo mundo, que poco antes nos colmaba de premios demasidamente peligrosos, y de alabanzas excesivamente lisongeras, hasta llegar á fastidiarnos. Por nosotros, que llevamos el Evangelio del uno al otro polo del orbe, se dijo corrompida la moral, la doctrina y el dogma de Jesucristo: de nosotros, sujetos con especial voto al Pontífice romano, se afirmó tuvieron origen los atroces sistemas y las facciones del cristianismo: á nosotros, que en todas partes viviamos en una pobreza mendicante, se atribuyó la mas vil y soez codicia: aquella misma gente, en fin, á quien en toda la extension del globo encontrábamos con ramo de pacífica oliva en las manos, mudó el *hosanna* de paz en unánime clamor de nuestra destruccion. Ya no se acordaron los grandes de la educacion que habian recibido de nosotros; ya los doctos se olvidaron de que entre nosotros pasaron los primeros años aprendiendo los elementos de las ciencias; ya los colonos no tuvieron presentes nuestras fructuosas misiones; y hasta el mismo pueblo bajo, acostumbrado hasta aquí á venerarnos, hoy nos desprecia y tra-

ta con vilipendio, no teniendo en consideracion, ni la nobleza del nacimiento, ni el abandono de las distinciones, patrimonios y conveniencias domésticas, ni los vivos estímulos del propio honor, y de la religion. Se creyó, que al mismo tiempo que nos despojábamos de los vestidos del siglo, nos desnudábamos tambien de la humanidad, y nos convertíamos en una manera de entes de nueva especie maléfica, y destructora de todo bien. Nuestros trabajos y servicios, hechos que desmentian por mas de dos siglos tan injusto concepto, eran ante los pueblos, como si jamás hubiesen existido.

Este trastorno de ideas, increíble á la posteridad; pero demasidamente verdadero para confusion de la humana inconstancia, se vió en el mismo ingreso de Ricci al generalato, previsto á la verdad por él; mas quizá imaginado menos grande, ni tan obstinadamente sostenido, que llegase él mismo á beber hasta la última gota del amarguisimo cáliz. Contristóse, sí; pero en su tristeza tuvo presente á Dios contristado hasta la muerte, y no menos pronto á sufrirla en favor de los hombres, aunque tratado tambien el mismo de seductor, de impio y de malhechor, sin desistir por eso de llevar hasta el fin la obra dolorosa, que el Padre le habia encomendado. Penetraron las aguas de la amargura hasta la alma del justo: multiplicáronse los que de valde le aborrecieron: fué objeto de los improperios del populacho mas vil; pero no se acordó dirigiendo á tí sus voces, ¡ó gran Dios! y es-

perando el tiempo de tu beneplácito. Levántate ¡ó Dios omnipotente! ¡Levántate, y juzga tu misma causa! Me horrorizo al decirlo, me palpita el corazón en el pecho, me tiemblan los labios, y me faltan las palabras. Perezca, Señor, aquel día, y jamás se cuente entre los tiempos, en que se dijo que Ricci alteró nuestros ánimos, y armó nuestras manos contra las preciosas vidas de los reyes y legisladores que mandan á los pueblos, como imágenes vivas de aquel Dios por quien ellos reinan, y establecen lo que es justo. ¡O carácter del tremendo y pacífico sacerdote! ¡O prolijos años, pasados todos en la humildad de la cruz! ¡O ultrages padecidos! ¡O sudores derramados, para tener viva en los pueblos la religion, fuente de la obediencia y del respeto! ¡O guerra siempre abierta y declarada contra los libertinos, para servir de barrera á la inundacion que aspiraba á sumergir todos los derechos humanos y divinos! ¿Conque todo esto es poco? ¿Todo no basta á que no se diese crédito á tan fiera impostura? ¿Y no debieran bastar los favores recibidos por siglos enteros al pié de aquellos mismos tronos? ¿El número, sin número de beneficios, y el habernos hecho árbitros de sus propias conciencias y afectos, para hacer conocer que cuando la gratitud no hubiese podido nada en nosotros, nos hubiera apartado de tan horribles pensamientos nuestro comun interés? ¡Infeliz de mí! ¡de qué abominables principios me veo obligado á sacar nuestra defensa! ¡O príncipes católicos, lugar tenientes

de la Magestad divina! Vosotros no errais: á vuestra tutela están velando los ángeles de superior gerarquía, fieles centinelas, no solo de vuestros preciosos días, sino tambien de vuestras sabias disposiciones. No basta, para borrar en nosotros la grata memoria de vuestras beneficencias, el haber visto á nuestros compañeros por duro destierro desviados para siempre de la dulce pátria, de su tranquila habitacion, y de los amados parientes: no basta mirarlos cargados de oprobios en países extraños de lengua desconocida: ni el oír que nuestros templos en que serviamos á Dios están despojados de los sagrados ornamentos y rentas destinadas á su divino culto. ¡Ah! ciérrese tan triste escena, á vista de la cual no rige mi debil fantasía; si, en medio de todo esto hemos respetado en silencio y en gemidos vuestros supremos decretos; y todavía ofrecemos á la presencia de Dios lacrimosos, pero sincéros votos por vuestra prosperidad.

El único apoyo que teniamos en el mundo, era el zelo de servir, no á nuestras familias, sino á la pátria; no á nuestras personas, sino á nuestros soberanos. Pecado habemos, y así nos castigó Dios, permitiendo se diese crédito á aquella sospecha que justamente nos alejó de vuestro lado. Nada se te esconde, ¡ó escudriñador de los corazones! y en el terrible día de las verdades, á cada uno darás la justa retribucion. Nosotros, entretanto, acordándonos de los documentos de aquella madre de quien fuimos hijos, traeremos tiernamente á la memoria los beneficios

con que hasta estos últimos tiempos nos distinguisteis, y en solo Dios, que á nadie dá razon de lo que obra, refundiremos las causas de lo acaecido.

A esto nos confortaba nuestro buen padre, reprimiendo en algunos el demasiado férvido dolor; alentando en otros la desmayada virtud; convidando á éstos á bendecir á Dios entre la ceniza y podredumbre; y concediendo á los mas débiles, que se volviesen al mundo para sosiego de la demasiada fiera vejacion.

Así nos amaestró Ricci por veinte años continuos, no insinuándonos otra cosa que bendecir por todo á Dios, por cuya mano aun lo que parece desgracia, es el mayor bien; y adiestrándonos á que siendo maltratados, sufriésemos en silencio, sin huir por imposturas las repugnancias de la cruz que sobre nosotros cargaba.

Porque no se ha extinguido la memoria de aquellos fuertísimos atletas movidos de la obediencia, unas veces á levantar el grito, y otras á callar, segun lo pedía la mayor gloria de Dios. Se hubiera sabido muy bien hacer valer nuestra razon como otras veces, si se tratase de defensas que se creyesen útiles al pueblo cristiano. Saben bien los teólogos el empeño con que se sostuvieron en aquellas disputas, que abren el camino á la verdad, mientras los consintió el oráculo de la Iglesia, á cuyo solo obsequio se sacrificaron. No ignoran los doctos, si en las cuestiones humanas y en los esfuerzos de ingenio, útiles al provecho de

otros, faltó nunca á nuestra milicia el valor y la constancia; mas no por esto nos ciega nuestro amor propio, que no véamos nacer tal vez en nuestros campos alguna mala yerba; porque ¿con qué traje, con qué hábito se cubrirá el hijo de Adán mientras vive, que lo exima de todo error? Pero la zelosa solicitud de mantener vivo entre nosotros el ejercicio de la accion, quizá mereció que se reputase digno de perdon algun movimiento menos recto.

Ni lo pensó así Ricci cuando los gloriosos príncipes de la tierra conspiraron á nuestra destruccion. No ignoraba que en ningun caso es lícito introducirse en el consejo de las deidades sublunares, ni la obligacion que nos impone Cristo de obedecer con resignacion á los que tienen en sus manos las suertes de los hombres. Mientras solo se trató de disputar con los cuerpos respetables que se oponian á nuestra doctrina, dejó á cada uno la libertad de ejercitarse en las escaramuzas fingidas, para adiestrarse á pelear en las batallas verdaderas. Nos hacíamos cargo de lo mucho que podia en alguno de los cuerpos opositores, la ancianidad que todo lo debilita; en otros, el deseo de hacerse famosos; y en muchos, cierto espíritu de excesiva severidad, que hacia pesado el suave y saludable yugo de Jesucristo, tan sensible á quien por su amor lo ha abandonado todo. Nada nos acobardó de proseguir en aligerar á nuestros hermanos tu leve peso, ¡ó Dios manso y condescendiente! á fin de moverlos á que te amasen con mayor alegría, libres de

aquella insoportable carga, que el impetuoso entusiasmo pretendia cargar sobre los hombros de la flaca humanidad, en lo que si no hemos acertado (que no me atreveré á afirmar), tú, hijo del hombre, dulcísimo siempre con los pecadores, justifica la pureza de nuestras conciencias é intenciones.

¿Y nosotros, hombres de esta pasta y de esta educación, somos los asesinos y maquinadores contra las vidas de los reyes? ¿Nosotros los perturbadores de la pública paz y quietud? ¿Es Ricci cómplice de aquellos atentados que llenaron de justo horror á la Europa, y á todo el descubierto mundo? ¡Ah! sacrificadnos á la paz y tranquilidad comun; desterradnos; destruidnos; pero no se turben con tan funestos ruidos las muertas cenizas de los que duermen; no pase á noticia de nuestros nietos la acervidad de tan abominable imputacion. Esta es la idea á que no se resiste la humana virtud. Es demasiado pedir, si se pretende, que con nuestro silencio aumentemos la sospecha de tan enorme atrocidad. Se desea restituir la quietud á los reinos, la tranquilidad á la Iglesia, es necesario que la Compañia perezca; perezca en hora buena: ¿pero á qué fin inventar delitos para su destruccion? ¿No se levantó Ignacio como antemural fuertísimo contra las turbulencias de Lutero y Calvino? Pues ¿por qué no debe perecer Ricci con los suyos para sosegar el *tolle tolle* cristiano, tanto mas pernicioso y molesto? Levántate del augusto sueño de la muerte, ó noche eterna, ¡ó Clemente! y

mira la obra de tus manos. A gran prueba te llamó Dios á tí, nuevo Abrahán, padre de los creyentes, cuando te pidió el sacrificio de tu amado, pero inocente hijo. Sabe todo el mundo cuanto te affigió la grandeza del precepto: testigo fué tu llanto: vió levantado tu brazo con el cuchillo en la mano, y á Isaac ofreciendo el cuello: esperó el ángel; pero esta vez se descargó el golpe, y cayó la víctima á los pies de la sagrada ara de aquel Dios, que sabe, cuando le place, suscitar de unas manos puras nueva semilla de aumento.

Conozco bien, amados oyentes míos, que de aquella infausta noche, en que desde la cabeza del orbe se derivaron casi en toda la Europa tan profundas disposiciones acerca de nosotros, seria mejor hacer memoria con silenciosos suspiros, que con dolorosas palabras; pero perdona ¡ó feliz LORENZO! si á vista de tu sepulcro, cubierto de tanto honor, hago alguna memoria de ella.

Desde este punto de vista se debe mirar tu virtud. Hasta aquí fué Ricci cabeza de un orden religioso. Su espíritu se confundió con el espíritu comun. Aquellos caracteres personales, que en todos se veían inclinados á desempeñar lo que se les pedía, tambien en él siguieron las obligaciones del empleo; y (séame lícito decirlo) nada menos que él hubiera hecho cualquiera de nosotros, que se hubiera hallado al timon en aquel triste naufragio.

Yo nada quito á tus alabanzas, ¡ó justo coronado! que si me oyes desde el cielo, sé que ninguna otra

cosa te es tan agradable como ésta; porque la unidad de los secuaces de Cristo tiene por vínculo aquella union de naturaleza, que en la Trinidad augusta es inefable. Deshecho, pues, ahora, no el interno nudo de caridad, que tanto no pueden los hombres, sino solo el externo de la disciplina; permítenos que todavía por un instante solo te contemplemos. ¡Extraña metamorfosis la de aquella noche! De un grado de elevación ácia el cual se volvían los ojos de todo el orbe, de los obsequios que le tributaban los grandes, de la amistad con que le honraban los poderosos, del honor que sus hijos y hermanos le profesaban.... Veis-le aquí de repente cerrado en una obscura cárcel, vieniendo á ser la fábula del vulgo inconstante, argumento de la pública ociosidad, conversacion de los corrillos, y el blanco universal de la mas vil canalla. Desaparecen los que solo eran amigos de la fortuna, gimen igualmente afligidos los que lo eran de la virtud, y tiemblan como Nicodemus de ser conocidos como tales, ó como Pedro le desconocen en el pretorio. ¿Y qué hizo? ¿qué pensó el mas que septuagenario anciano en aquella calamitosa situacion? ¿Pensó por ventura en hacer traicion á la verdad, ó comprar una inútil libertad á costa de su crédito? ¿Perdió el tiempo en desear á vista de su abatimiento la antigua elevacion de su pasada grandeza? ¿Se abandonó al inútil dolor de que la inocencia fuese castigada? ¡Ah! que semejantes pensamientos no encuentran lugar en el corazon del justo, el cual sabe muy bien

la variedad á que están sujetas las criaturas, y se conserva libre en medio de las cadenas; porque entre ellas es amigo de Dios. Lloró sí, pero por sus hermanos, por los cuales con S. Pablo hubiera dado su misma alma. Gimió, pero por sus prójimos, viéndolos privados de muchos socorros espirituales; mas nunca estuvo ocioso mientras pudo contemplar en su Dios; nunca perdió el valor mientras halló su defensa en la verdad.

No sabré deciros si llegó á su noticia la suma caridad con que fueron y son protegidos del Pontífice y de los piadosos Monarcas los miembros de aquel instituto, ni si antes de su muerte tuvo alguna luz de la misericordia que Dios usaba con algunos de ellos en medio de su ira, conservando las reliquias de su piedad, donde menos podia preverse. ¿Qué sabemos, si por medio del zelo secreto con que se le guardaba, quiso Dios negarle este lenitivo á su dolor, para que todo fuese obra de perfecto y celestial varon el tenor de la obscura vida en que continuó hasta estos últimos dias, esperando quizá aplacar con su propia sangre la exacerbada ira de los hombres? Y ved aquí, que á pesar de la ternura que ahora me conmueve, conozco que necesariamente ha de flaquear esta parte de mi oracion; porque no debiendo tener lugar en ella las conjeturas, cuya sola escasa luz podria guiarme, es menester que el tiempo, padre de la verdad desconocida, descubra por los medios dispuestos por la infinita sabiduría; descubra digo, á los venideros, el juicio que debe formarse, y que ahora

en tan fresca turbacion de afectos, ó causaria envidia y odiosidad, ó se pudiera confundir con el ímpetu de un transporte apasionado.

Con todo eso, creo yo, que algun vislumbre de esta luz vió Ricci antes de cerrar los ojos al dulce sueño de los justos; vióla, y se alentó con ella en aquel terrible momento en que el hombre á la vista de su Criador, ni es tan animoso que se atreva á mentir, ni tan pusilánime que tema de aquellos que para siempre abandona. Dió con la mas modesta intrepidez testimonio á sí mismo y á los hombres de aquella rectitud que fué siempre su perpetua guia; y sin ofender la severidad de sus jueces, protestó la inocencia de sus hijos, y rindió á Dios aquel tributo de verdad, que es el mas precioso ante sus divinos ojos: miró la muerte con aquel valor que la miran los santos, y alcanzó que sus cenizas mortales fuesen depositadas junto á las de sus hermanos, para dormir en paz el sueño de los escogidos, en compañía de aquellos con quienes habia vivido la vida de los atribulados.

¿Conque ya partiste de nosotros, amado y dulce padre? Partiste, y á tu partir ha quedado el ingreso á nuestra milicia. Partiste, y ahora desde el cielo impetras mas útilmente el favor divino á una multitud de hijos desolados, que han mudado el traje y exteriores apariencias; pero que conservan aquella mutua caridad, que fué el primer objeto que se prefijaron, la cual, no solo no sufre alteracion, sino que antes

bien crece á medida que es mayor la cruz con que Dios es servido distinguirla. Sea en buena hora afortunada la Italia; sea sin nosotros mas feliz la Europa toda católica; abra Dios los tesoros de su inefable piedad, é infunda en nosotros el espíritu de paciente constancia; sea la juventud mejor educada en los colegios, mayor el zelo con que se alimente al pueblo con los sacramentos y con el cotidiano pan espiritual, y para defender la Iglesia contra las armas é insultos de sus enemigos; empéñese la destreza de unos en conciliar las diferencias que turban el Santuario y el Imperio; muévase la emulacion de otros para mantener el divino culto con magestuosa dignidad: nosotros nos empleamos con alegría en este inestimable tesoro de bienes todo el tiempo que se fió á nuestro cuidado. Con la misma nos resignaremos al juicio de quien nos ha privado de continuarlo, y alabaremos á aquellos que sucediéndonos en tan dura fatiga, hagan que no se eche menos lo que poco tiempo ha era objeto de nuestra milicia laboriosa. Alégrense en hora buena aquellos cuyo zelo nos denunció por hombres perniciosos: ya no existe aquel Ricci, que gobierne y altere el mundo á su capricho: ya no existen sus hijos, que corrompan las máximas del dogma y de las costumbres, que siembren la seducción y la discordia. Quiera el piadoso Dios, que en este ángulo del mundo donde vivimos ociosos, se experimente reformado el catolicismo despues de la jesuítica ruina, santificadas las costumbres, engrandecida la

religion, y exaltada la santa Iglesia. A las comunes voces de accion de gracias, uniremos tambien las nuestras, porque las banderas de Ignacio pueden abandonarse, y faltar para siempre; pero nunca se puede desmentir un corazon cristiano movido de aquel bienaventurado fin que cada uno se propone abrazar, y que deberá acompañarnos hasta la obscuridad del sepulcro, y entre los esplendores del cielo.

Pero ¿por qué he de desconfiar yo tanto, sin hacer reflexion á los impenetrables caminos del Señor y de sus divinos arcanos, sabiendo que él destruye y ninguno edifica, y que lo que él edifica ninguno destruye? El mismo Señor fué servido de que se viese nuestra caída en Europa; y cuando quizá se esperaba cosa muy distinta, echó mano de reyes justísimos, y de su mismo Vicario para la ejecucion de sus altos y profundos fines. Consintió sí, que fuese podado, pero no arrancado del todo este árbol de su viña mística, y excitó en el ánimo de poderosísimos monarcas el deseo de protegernos, disponiendo las cosas de manera, que este beneficio sea tanto mas señalado, cuanto nos viene de aquellos de quienes ninguna razon teniamos de merecerlo ó esperarlo; y por lo mismo, tanto mas grato á nosotros, cuanto ni delante de Dios, ni de los hombres hay justo motivo de culparnos de habernos aprovechado de él. ¡Quien sabe lo que en adelante dispondrá aquel que mata y vivifica, hiere y sana! ¡O piadosísimos monarcas, efugio nuestro en tiempos tan calamitosos para nosotros! ¡Quiera el cie-

lo que amanezca un dia mas sereno, en que veáis en nuestros corazones la gratitud con el mas vivo y reconocido afecto! ¿Qué otra cosa podemos hacer nosotros, despreciados al presente y humillados, sino implorar del Altísimo, que la magestad de vuestro imperio y la gloria de vuestras armas se vea siempre unida á aquella claridad de superiores luces, que forme vuestra eterna felicidad y la de todos vuestros vasallos?

¡O gloria de nuestro siglo, filósofo príncipe, á quien tambien es debida esta oportunidad de un inocente desahogo sobre las amadas cenizas de nuestro padre! ¡O soberano invictísimo, que á la gloria de los Aurelios y de los Antoninos juntas las felicidades de los Augustos y las palmas de los Césares! ¡Nuevo esmalte de tu luminosa mente es la idea que te mueve á no conformarte, respecto de nosotros, con el iluminado zelo de otras naciones! ¿Y qué podremos nosotros hacer en correspondencia á tanta dignacion? No mas, sino en todo trance conservarnos vasallos respetuosos, ciudadanos útiles, ministros zelosos. La vida, la sangre, nuestros haberes todos, lo sacrificaremos para bien de este reino, asilo de nuestra infeliz situacion: aquella vida, aquellos haberes, que reconocemos digno don de vuestra liberalidad; así nos lo sugiere aquel espíritu de sumision que todo ciudadano debe á su príncipe, todo oprimido á su bienhechor, todo hijo á su padre. A esto mismo nos incita nuestro propio interés, para que la tarda posteridad, juez imparcial de los sucesos, á vista de lo que hacemos

en tus reinos, borre la negra mancha que hace temible nuestra caída.

Pero sobre todo esto, nos impele la memoria de este dia, de este féretro, de este nuestro padre, que acogido ya (como creemos) en la celestial Jerusalén, á tí y á nosotros nos alcance gracia con que jamás nos apartemos de nuestras obligaciones; y con la memoria de su ejemplo, nos enseñe á caminar por la senda de la sabiduría, cuyo principio es el temor de Dios, y á adorar sus divinos decretos, que siempre son de padre, ahora truene irritado, ahora proteja benéfico.—Dije. (*)

(*) ¿A qué viene, arguyen algunos zollos, la publicación de estas piezas? ¿Qué tienen ellas que ver con el restablecimiento de los Jesuitas en nuestro país? Demostrar la inocencia del padre comun, por cuya orden y direccion todo se hacia en el cuerpo; y por consiguiendo la falsedad de las imputaciones, que temerariamente se hicieron á la Compañia de alterar la paz y tranquilidad pública, corromper el dogma y la moral del cristianismo y atentar á la vida de los reyes. Los hechos han descubierto, que los enemigos de esta célebre corporacion religiosa y sus mas encarnizados adversarios, son los que han inundado en sangre á todas las naciones, desmoralizado á todo el universo, trastornado en fin á todos los gobiernos. Hoy los hombres sensatos reconocen su error, y á pesar de la grito filosófica, los Jesuitas progresan en Francia, trabajan en Italia, se aprecian en Inglaterra, son reverenciados en Suiza y Holanda, admitidos en el suelo clásico de la libertad los Estados Unidos del Norte, llamados á la Grecia, á Calcuta y Buenos Aires, recibidos con entusiasmo por todo el orbe.... ¡y solo contrariados en la nacion mas llena de sus recuerdos y mas necesitada de sus servicios, la Republica mexicana!!! ¡¡¡Ah!!!

MEMORIAL

DEL PADRE JUAN GUZMAN,
asistente que fué por la provincia de Portugal
de la Compañia de Jesus,

traducido fielmente de su original, impreso en el Suplemento de la Gaceta de Colonia de 17 de Marzo de 1768, número 24.

A la edad de ochenta y un años, y ya muy próximo á comparecer ante el tremendo tribunal de la divina justicia, Juan Guzman, último asistente de la Compañia de Jesus por la provincia de Portugal, creeria hacerse reo de una omision imperdonable, si dejando de recurrir al trono de V. M. donde residen con ella la clemencia y la justicia, no pusiese á sus pies esta humildisima y respetuosisima súplica, á nombre de mas de seiscientos súbditos de V. M., resto infeliz de sus compañeros de infortunio.

El, pues, suplica á V. M. por las entrañas de Jesucristo, y por su corazon sacratísimo, por el amor tierno que V. R. M. profesa á la reina su madre, al augusto rey D. Pedro, á los príncipes de la familia real y á los infantes, se sirva ordenar que la causa de tantos fieles súbditos de su corona, declarados in-